

lio ecuménico, y preside en persona la primera sesion. Arrio es condenado en este concilio, y el emperador, como los padres, llega á creer que una vez separado de la Iglesia, Arrio es tambien enemigo del Estado. La intolerancia civil entra en una nueva faz, porque al unirse al cristianismo, se unia á la intolerancia religiosa.

VIII

Desde este momento las dos intolerancias se prestan mutuamente fuerzas. Difieren seguramente por su origen y por sus mas esenciales caractéres, puesto que la intolerancia religiosa es toda espiritual, y la intolerancia civil toda temporal; pero cuando los paganos perseguian, ¿cómo podian justificarse á ellos mismos esas violencias, ejercidas en nombre de una religion sin autoridad, en la cual, por otra parte, no creian, y la que en su vaga estension, podia recibir en ella misma todos los cultos? Los cristianos al contrario, tenian una doctrina de-

terminada, una fé indestructible en esta doctrina, y la conviccion de que no podian separarse de ella sin hacerse acreedores á la condenacion eterna. Creian de buena fé salvar las almas por el martirio de los cuerpos. Esta conviccion no justificaba los atentados contra la libertad; pero los esplicaba, en un tiempo en que la filosofía se hallaba sin fuerza, y la dignidad del hombre perdida. Si en este tiempo de la historia el peso de la persecucion, agobia mas á los arrianos que á los paganos, es porque entre estos no encontró resistencia. Se convertian, ó aparentaban convertirse. Su religion no estaba hecha para darles una conciencia delicada, entre tanto que existia entre los arrianos una conviccion razonada, y el gusto del apostolado particular de los hereges.

Habiendo la iglesia cristiana subido al poder, no desplegó mas contra los arrianos la barbarie de que los procónsules de Diocleciano habian dado el ejemplo. Esta fué, si se quiere, una persecucion mas dulce; pero fué siempre persecucion. La iglesia vino á ser el enemigo de la libertad, despues de que por largo tiempo le habia defendido:

apeló al brazo secular: precisamente en esto es en lo que la intolerancia civil consiste, porque no es otra cosa sino un recurso á la fuerza contra el derecho. Importa poco, en verdad, que la persecucion sea dulce ó violenta, estos no son mas que los escalones al crimen; y, dulce el primer dia, no tarda jamas en volverse sanguinaria. Una especie de fatalidad arrastra á los hombres que quieren vencer la razon sin esclarecerla. Cuando no se sabe ser apóstol, es preciso resignarse mas temprano ó mas tarde á ser verdugo.

IX

Partiendo del dia en que la intolerancia civil estuvo al servicio de la intolerancia religiosa, tuvo, por decirlo así, en su arsenal, el mas terrible de los sofismas. Se persuadió que era justo y aun clemente. Persiguió por caridad. Dió el nombre de hermano á sus víctimas. Pronunció palabras de amor cuando se promulgaban las senten-

cias de muerte. Dijo que se mostraria bienhechora si hacia comprar á los disidentes la felicidad eterna al precio de algunos sufrimientos. No vió la libertad mas que como un peligro, y no quiso que hubiera libertad mas que para ella sola. Llamó altamente esta libertad la libertad de hacer el bien, y declaró que no habia otra. Sustituyó, en una palabra, su conciencia á todas las conciencias; y su voluntad á todas las voluntades. Empezó como hacen la mayor parte de los gobiernos despóticos, volver dichosos á los hombres á despecho de ellos mismos: pero como la felicidad que queria procurarles no era la de este mundo, fué, de todos los despotismos el mas friamente desapiadado y como proscribia no solamente la accion y la palabra sino tambien el error, no se contentó con domar á los cuerpos, quiso dominar los espíritus; y marchó á esta dominacion, con el curso de los tiempos, por la atemorizacion ó por el terror.

X

Veinticinco años despues de la muerte

de Constantino, ocurrió un acontecimiento que debia haber tenido grandes consecuencias. El emperador Juliano abandonó el cristianismo para entregarse sin reserva al politeísmo y á la filosofía, tal como se enseñaba en las escuelas de Alejandría y de Atenas. Si Juliano en su calidad de filósofo, hubiera proclamado la libertad de los cultos, como era su deber, puede ser que no lo hubieran comprendido sus contemporáneos. La libertad parece tan natural que no se puede uno persuadir de que haya sido necesario á los hombres tan largo aprendizaje para conocer los derechos y la dulzura; ¿pero cómo puede uno no someterse al testimonio de la historia? Juliano pronunció algunas palabras de libertad, como lo habia hecho antes que él Constantino; pero se ve en aquel desde el primer día, un hombre que se venga de una larga opresion y que la pasion lo conduce á las represalias, á despecho de su juicio. Se contentó en un principio con mirar indiferentemente á los cristianos y despojarlos de sus empleos. Escribió contra ellos y le respondieron con bastante libertad. El disgusto

por una y otra parte, se introdujo en la disputa. El sofista recordó que era emperador, y respondió á los panfletos por medio de decretos. Hay dos que mancillarán siempre su memoria, porque ellos inauguraron la pérfida persecucion despues de las persecuciones sangrientas de Diocleciano. El primero, es aquel que despojó á las iglesias de lo que tenían, bajo pretexto de que el Evangelio recomienda la pobreza, y que es hacer un bien á los cristianos y facilitarles el camino del cielo el empobrecerlos; el segundo manda cerrar sus escuelas, ó reducirlas á enseñar á Lucas y Mateo; “porque éstos son, decia él, sus teólogos, así como Homero y Hesiodo son los nuestros.” Esta es ya la política de Felipe el Hermoso. Nada me cuesta traer á la memoria esas odiosas maniobras de un gran príncipe, que en su calidad de filósofo estaba acostumbrado, mas que ningun otro, á respetar los derechos de la libertad de conciencia. Nosotros combatimos la intolerancia en sí misma, por do quiera que se halla, sin unirla á doctrina alguna. Por lo demas, la tentativa de Juliano no fué mas

que un episodio efímero. Cuando murió, á los treinta y dos años, en una batalla contra los persas, la Iglesia cristiana se encontró pronta á volver á tomar su posición antigua. Los jueces y las víctimas cambiaron de lugar una vez más, y la intolerancia civil se encontró de nuevo y por siglos enteros, unida á la única doctrina que profesaba la intolerancia religiosa.

Durante los siglos que siguieron, y aun después de la invasión de los bárbaros, la intolerancia no se ejercía más que contra los herejes. Desde Constantino hasta Teodosio, la herejía de Arrio llenó á la Iglesia de trabajos. Es todavía una historia sangrienta, porque los hombres no han sabido jamás discutir una doctrina sin recurrir á la espada ó al verdugo en socorro de sus argumentos.

XI

La descomposición rápida del imperio romano y la fundación de reinos bárbaros que se dividieron la Europa, no dejaron

subsistir casi nada de lo que había constituido el mundo antiguo; la Iglesia sola sobrevivió y se engrandeció en medio de tantas ruinas. Entretanto que los últimos emperadores enviaban contra los bárbaros ejércitos desmoralizados y vencidos ya, los obispos hacían penetrar entre ellos oscuros apóstoles que esparcían por do quiera la doctrina evangélica. La Iglesia ganaba más fieles que súbditos perdía Roma. Una doctrina sencilla, una moral pura, la superioridad de las luces, un sacrificio heroico, aseguraban el triunfo de esos primeros misioneros, que llevaban en medio de los bárbaros, al mismo tiempo que el Evangelio, los preciosos restos de la civilización. A la autoridad espiritual que ejercían sobre sus catecúmenos, se unió bien pronto, por una consecuencia natural, una influencia de otro orden; y vinieron poco á poco á ocupar cerca de los reyes bárbaros el mismo lugar que les había dado Constantino en la corte imperial. Pero los tiempos habían cambiado: la Iglesia no estaba ya en presencia de un poder único; tenía ante sí reyes independientes unos de otros,

y todos reconociendo su mision es piritual, estaban prontos á unirse para defenderla de aquel, de entre ellos, que hubiera atentado el oprimirla. Se habia fortificado, siendo la única que existia en pié mientras todo se desplomaba. Su gerarquía, á la vez sencilla y sábia, la hacian en algun modo inmutable. Aun considerándola humanamente, era la única institucion que dió la idea de la eternidad. Era imposible que este gran cuerpo, unido por una solidaridad tan perfecta, no tuviera intereses mundanos al lado de su mision espiritual. El fervor de los convertidos y de los penitentes se habia señalado por donativos y privilegios que se trasmitian invariablemente en esta inmensa é imperecedera familia del cuerpo sacerdotal.

En una palabra, el clero ya no era solamente, á sus propios ojos, la iglesia de Dios; era un cuerpo político, y como tal, tenia bienes y privilegios que defender. Todo se reunia, pues, para convertirlo en enemigo de las innovaciones, su institucion, puesto que se consideraba como depositario de la verdad completa é inalterable, su amor á la

humanidad, porque, segun la Iglesia, bastaba sostener un error grande en materia de la doctrina, para hacerse acreedor á la condenacion eterna; el hábito inveterado de apoyar el ministerio espiritual en el poder civil, la ignorancia tan comun entonces á todos los pueblos de la grandeza y los derechos de la libertad, la ambicion natural á toda gerarquía de conservar y de asegurar sus privilegios. Justamente orgulloso de la sublimidad de su dogma y de los servicios prestados, creia que su dominio se unia á su superioridad intelectual y vigilaba celosamente todos los esfuerzos que se hacian fuera de su autoridad y de su influencia. Si hubiera estado menos convencido de la inutilidad de la ciencia humana ó si hubiera comprendido la fuerza de la expansion que encamina invenciblemente á la humanidad por la via del progreso, en lugar de impedirle é imposibilitarla, se pondria á su cabeza para marchar delante y entrar el primero en los dominios del porvenir; pero no se puede pedir á un cuerpo, ni existir mas de su tiempo, ni permanecer grande y poderoso renunciado sus tradiciones. Cuando

el clero vió su dominio intelectual y su influencia temporal sólidamente establecidas no pensó mas que en conservarse. Atento al menor ruido para acallarlos, se hubiera dicho que trataba de ser el solo quien levantara la voz en el universo sumiso y silencioso. Las pretensiones de la doctrina cristiana se habian estendido á la política, al órden social, á las letras, á la ciencia consagrados y protegidos por él los soberanos no vacilaban en ejecutar sus decretos. Creian obedecer á Dios, obedeciendo á los sacerdotes. Comprendian confusamente que la iglesia les daba las almas de aquellos que sin este socorro no hubieran poseido mas que sus cuerpos.

Era casualmente en la edad media un trabajo difícil encadenar así el pensamiento. Estos bárbaros eran, sin embargo, hombres; tenian todas las pasiones y las aspiraciones del hombre. Ha habido, no lo dudemos, muchos luteranos antes que Lutero, muchos galileos, muchos sectarios de Descartes antes que Galileo y Descartes. La historia hoy tan penetrante no sabrá nunca los esfuerzos reprimidos, las tentativas malogra-

das, todas las elocuencias enmudecidas, todos los génios reducidos á la impotencia. Las desgracias de un Abelardo son ilustres porque antes de caer bajo las excomuniones del concilio de Sens, habia sido por largo tiempo el rey del pensamiento.

XII

Era entonces el siglo XI. La escuela de Paris era la primera del mundo, y en esta misma escuela Abelardo eclipsaba á todos los profesores. No habia ni sala ni iglesia que pudiera contener sus discípulos. Cuando aparecia para enseñar la marcha que debia seguir una iglesia, la multitud acudia en un número considerable. Venian á millares para verlo y escucharlo, y aun algunos venian de lo mas retirado de España. Los obispos, los frailes estaban atentos á cada una de sus palabras; los doctores descendian de sus puestos para mezclarse al auditorio; se disputaban sus escritos; las mujeres mismas no pensaban sino en su

gloria. Lo aprehendieron, lo vistieron de monge, lo desterraron ya á la abadía de San Dionisio, ya á las asperas rocas de San Gildas. Se escapa, y lleno siempre de su pensamiento, no encontrando ya asilo ni en los monasterios ni en las escuelas, corre al desierto y construye un oratorio que llama el Paráclito, es decir, el consolador, una tienda de campaña para habitar, y al momento la multitud volvió á él, ardiente, conmovida, apasionada como en mejores dias. Se reúne un nuevo concilio para juzgarlo, es decir, para destruirlo. Viene entre sus antiguos amigos que se habian convertido en jueces suyos, rodeado de sus discípulos. Allí se declara hijo sumiso de la Iglesia. “Creo, decia, todo lo que la Iglesia enseña; me someto á la autoridad; soy ortodoxo.” ¡Y qué le responde la intolerancia! Que no es necesario discutir sobre sus libros, que basta leerlos. “Apelo, dijo Abelardo, á la autoridad de Roma. ¡Debe encontrar un refugio cerca de Pedro, responde San Bernardo, aquel que reniega de la fé de Pedro! Cómo! ¿no hay ni discusion ni apelacion! No, la razon no será discu-

tida, será dominada. San Bernardo habia escrito á la corte de Roma. “Importa á la Iglesia y á este hombre mismo que se le imponga silencio.” Decia, en su horror por la heregia, y por esta introduccion en la discusion de los dogmas que caracteriza la teología de Abelardo: “Es necesario romper esta boca á palos.”

No quiero mencionar al paso mas que el nombre de los albigenses y las sangrientas tragedias del siglo XII. Sesenta mil hombre asesinados en Bizieres, anunciaban tristemente nuestras guerras religiosas. La inquisicion no existia entonces; pero estaba á punto de nacer, y fué, durante esta cruzada que se fundó, la órden de Santo Domingo.

Este tribunal de la inquisicion, sobre el cual la indignacion se concentra, no fué mas que una forma mas sabia de una antigua intolerancia. Como tuvo escribanos para anotar los nombres de las víctimas, y antes de fé para quemarlos solemnemente, ha dejado recuerdos mas brillantes y mas vivos que las persecuciones anteriores. La inquisicion, es aun hoy la personificacion de la

intolerancia, con su doble carácter de perfidia y crueldad. Un inquisidor, en los recuerdos y en los resentimientos del pueblo, es á la vez un espía y un verdugo.

Espías, verdugos, autos de fé, guerras civiles, he ahí las palabras que se vienen sin cesar á mis labios, entre tanto que os cuento en grandes leyendas este martirologio del pensamiento. Dios me preserve de relataros la historia de la inquisicion, de conducir á sus calabozos, de mostraros sus hogueras y sus instrumentos de tortura. Y Dios me preserve tambien, de hacer de esta siniestra historia un argumento contra una doctrina ó contra una iglesia! Es preciso saber distinguir la doctrina y la organizacion espiritual que persisten, despues de tantos siglos, del clero de la edad media, llevado puede ser á la crueldad por la opinion pública, compuesto de hombres falibles, como somos todos, y cuyo espíritu estaba cegado por los intereses puramente mundanos y por las máximas de su tiempo. Mas, estoy muy lejos de pensar en exagerar los hechos, ó de forzar las consecuencias con que la presente historia me oprime, y

que la recorro con profundo dolor, como se atraviesa un campo de batalla, cuando los ejércitos se han retirado no dejando tras sí mas que cadáveres. En fin, pasó la edad media, sus instituciones opresivas se destruyeron; el arte resucita; los espíritus nobles dan nueva vida á las letras; la ciencia progresa en todas direcciones; Leon X en Roma, Francisco I en Francia, inauguran el reinado de las costumbres políticas, y el siglo del Renacimiento. ¡Es esta la hora esperada por tanto tiempo de la emancipacion del pensamiento!

XIII

Señores, en tiempo de Francisco I, y precisamente por sus órdenes, fué cuando el baron de Oppède pasó á cuchillo tres mil vaudenses, condenó el resto á galeras, entregó sus mujeres á los soldados, puso fuego á veinticuatro poblaciones, é hizo de Cabrières y Mérindol un monton de ce-

nizas. Se puede decir, en defensa del rey, que la Provenza estaba bien lejos de la corte de Fontainebleau, y que sumergido en los placeres el rey, no prevenía la abominable crueldad de sus agentes, y no oía, en medio de las fiestas, los gritos de sus víctimas: triste excusa, señores, y que ni siquiera puede apelar á ella. A su lado, en su consejo, fué donde el fanatismo vino á aprehender á un gentil-hombre, célebre por sus conocimientos, distinguido por lo elevado de su carácter, el consejero de Estado Luis Berquin, cuyo único crimen era su inclinacion á la reforma. Puesto en libertad por primera vez, á instancias de la reina Margarita, fué preso nuevamente y condenado á ser marcado en la frente con una flor de lis, y la lengua atravesada con un fierro ardiendo. La sentencia fué ejecutada en la plaza de Grève, el 15 de Abril de 1529. Arrojado en la prisiones para morir despues de este suplicio, Berquin apeló á la corte de Roma. Esta apelacion no tuvo otro resultado que el hacerlo quemar al dia siguiente.

Un dia que se discutia delante de Fran-

cisco I, para saber si seria bueno condenar al fuego á los desgraciados hugonotes, Duchatel, obispo de Tulles, el mismo que fundó el colegio de Francia, opinó por la dulzura. El cardenal de Tournon, que habia votado por las medidas mas rigorosas, le echó en cara su conducta al salir del consejo: "He hablado como obispo, le respondió Duchatel, y vos como verdugo."

Echemos una ojeada á los últimos años del reinado de Francisco I, de ese rey caballero, de ese padre de las letras, á quien Bartolomé felicita de haber hecho esos grandes fuegos y de haber enseñado el camino á esas quemazones. Del reinado de su hijo no hay mas que un punto que quiero decir: En 1557, Enrique II vino á tomar un asiento en el parlamento, sin ser esperado. En esta famosa sesion fué en donde provocó los rigores contra los protestantes, y donde Faur y Anna de Bourg fueron por orden y en presencia del rey, arrestados y conducidos á la Bastilla por la valerosa libertad de sus votos. Se sabe que du Bourg, sobrino de un canciller de Francia, y quien era á los treinta y ocho años el

ejemplo y la luz del parlamento, fué ahorcado y despedazado en la plaza de Gréve, y sus restos arrojados al fuego. Pero no es ni la cólera del rey ni el martirio de du Bourg lo que quiero señalar en esta sesion; es el discurso del primer presidente Le Maître. “Declamó fuertemente contra los sectarios, dice de Thou. Trajo á la memoria el ejemplo de los albigenses, de los cuales seiscientos fueron quemados en un dia por las órdenes de Felipe Augusto, y el de los vaudenses, de los que una parte pereció por el fuego en sus mismas casas, y el resto fué sofocado por el humo en las cuevas y en los escondrijos donde se habian ocultado (1).” Ahí teneis lo que el primer presidente del parlamento decia en presencia de Enrique II, como para animarlo á la sangrienta carnicería.

Preciso es decirlo, señores, en esta época de la historia, la intolerancia y aun la persecucion eran populares. ¡No es cierto que bajo el reinado de Francisco II, el pueblo inventó poner estatuas de santos en las

(1) Thou lib XXII.

esquinas de las calles y rodearlas de cirios, colocando debajo un madero para recibir las ofrendas y poner cerca de estas capillas improvisadas, criados y aguadores que cantaban sus cánticos, parodiando las ceremonias de la Iglesia y obligando á los transeuntes, bajo pena de ser declarados protestantes, á saludar, á pagar y á cantar; de lo contrario, á ser arrastrados por las calles, golpeados, reducidos á prision y aun algunas veces asesinados! Agobiados por el pueblo y por el poder, los religioneros huian; abandonaban Paris, que para ellos se habia vuelto inhabitable, abandonando sus casas y sus negocios; pero entonces sus bienes se vendian en pública subasta. Por todo Paris resonaba la voz de los alguaciles que proclamaban los efectos ó llamaban ante la justicia á los fugitivos. No se veía mas por todas partes que letreros en las casas vacías donde habian quedado en algunas de ellas niños que por la debilidad de su edad no habian podido los padres y las madres llevarlos consigo, y que llenaban las calles y las plazas con sus gritos y sus gemidos; espectáculo que atraía el llanto

aun de los enemigos mas declarados de los protestantes.

XIV

No quiero hablar de las venganzas que se siguieron á la conspiracion de Amboise, de esos protestantes colgados de las almenas de los edificios ó ahogados, para no hacer correr tanta sangre á los ojos del pueblo, ó ajusticiados durante el dia, sin que se supieran sus nombres. El Loire estaba lleno de cadáveres, la sangre corria por las calles, las plazas estaban llenas de cuerpos pendientes aún de las horcas. Los asesinatos de Vasey marcáronles principios del reinado de Carlos IX. El mismo año el parlamento de Paris espidió un decreto que fué leído en los púlpitos todos los domingos, y que mandaba á todos los católicos que persiguieran incesante y cruelmente á los protestantes. Se les trató, dice un historiador, como á perros rabiosos. Preguntareis, señores, ¿qué hacian los protestantes? Los protestantes se vengaban. Ya no se

estaba en los tiempos de la primitiva iglesia, cuando deponia las armas una legion entera, y se dejaba ahorcar por obedecer á las leyes de César. El fanatismo trocaba á la Francia en un campo de batalla. No quisiera oír el clamoreo fúnebre de la noche del 24 de Agosto de 1572. Querria aun mas, ni pronunciar el nombre de esta noche fatal. ¿Sabeis, señores, lo que hay de mas terrible en los recuerdos de la San Bartolomé, no es ni la traicion, ni la carnicería, ni las calles llenas de cadáveres, ni el rey disparando sobre su pueblo; es el pueblo imbécil ensalzando el milagro y creyéndose aprobado por el cielo, porque despues de estos tres dias de mortandad, los espinos del mercado de los Inocentes se cubren de flores; es la reina Catalina yendo rodeada de teas á hacer la visita de esos cadáveres; es el Parlamento de Paris dirigiendo al rey acciones de gracias, haciendo llevar á su audiencia, sobre una parihuela el cadáver de Coligny, y enviándolo á colgar con cadenas á la horca de Montfaucon; como para dar al perjurio y al asesinato una consagracion legal.